

Al volver á la capital de la República aliada, tuvieron los españoles el sentimiento de que habia muerto su favorecedor Maxixcatzin, á causa de la epidemia de víruelas, que llevada por un negro de la expedicion de Narvaez, se comunicó á los cempoaltecas y luego á todos los demas paises, haciendo horribles estragos en todas partes. El ejército entró de luto por la muerte de su gefe tlaxcalteca y esta espresion de sentimiento, fué ocasion de estrechar mas la amistad con aquel pueblo, que por su parte tuvo la deferencia de ocurrir al gefe español para que hiciera el nombramiento en la persona que debia cubrir la vacante de su anciano Maxixcatzin. Cortés hizo el nombramiento en nombre del rey católico, en un hijo del finado gefe, haciendo que antes recibiera el bautismo, en el que tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin, tomando por apellido el nombre que su padre llevó mientras vivió en la idolatría.

Esta misma estragosa epidemia que por primera vez hacia sentir sus terribles efectos en los pueblos del Anahuac, causó á los mexicanos el dolor de perder á su soberano Cuitlahua sucesor de Mocteuhezuma, á los cuatro meses de un gobierno que habia inaugurado con la espulsion de los extrangeros de su capital. No quadaba ningun hermano de los dos reyes anteriores y se dió la corona por el senado azteca al intrépido jóven Quauhtemotzin: apenas contaba veinticinco años; pero en los combates en la capital con los españoles, habia desplegado tal brío, que sus compatriotas estuvieron muy satisfechos de la eleccion, teniéndolo por su valor como muy digno de empuñar el cetro y levantar la fortuna de su opulenta nacion, que parecia empezaba á decaer con la venida de los hombres blancos.

Tambien en Tezcoco habia habido un cambio en la persona del soberano. Cacama destronado y preso por Cortés mediante las intrigas de Mocteuhezuma, habia

muerto en la retirada de la noche triste. Cuitenitzca, elevado al trono por su tio el rey azteca y el gefe español, temió alguna insurreccion en su contra á la retirada de los extrangeros de México, y se retiró con ellos á Tlaxcala: pero despues de algunos dias de ausencia de su corte, pensó volver á ella contando con tener algun partido en su favor; y á su regreso le hizo dar muerte como traidor á la patria, su hermano Coanacotzin, que á su fuga habia tomado posesion de la corona. Los españoles no podian contar con la amistad del nuevo monarca tezcucano, pues en los dias que ellos eran arrojados de México, cincuenta de sus compañeros que iban de Veracruz custodiando un cargamento de armas, oro y plata para la capital, fueron muertos en Zoltepec de los dominios del reino de Acolhuacan; y sus pieles y armaduras, se veian colgadas en el templo mayor de Tezcoco, como trofeos de su victoria.

En tal estado estaban los negocios de los reinos del Anahuac en fines de Diciembre de 1520; cuando Cortés determinó emprender formalmente su conquista, que era el objeto de todos sus desvelos.

CAPITULO XXIII.

Marcha Cortés á Tezcoco: transporte del material de los bergantines.

Antes de que el ejército emprendiera su marcha para conquistar la gran capital del imperio azteca, formó el general sus ordenanzas militares, cuyo proemio comienza con estas palabras. «Porque por muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifiesto cuanto los antiguos que siguieron el ejercicio de la guerra procura-

ron é trabajaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza, pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerra, que hubiesen de hacer é seguir; é por el contrario vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres é muertos á los que no siguieron la buena costumbre y orden que en la guerra se debe tener.» Concluida la introduccion, mandaba primeramente: que viendo la solicitud de los naturales para defender el culto y veneracion de sus ídolos, todo el ejército procurase apartarlos del error ó idolatría, reduciéndolos al conocimiento de la fé católica, debiendo tener esta intencion, para que la guerra fuera justa; «porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, seria injusta, y todo lo que en ella se hubiere, Onoloxio é obligado á restitution.» El error en que incurrian los conquistadores y que se infiere de las anteriores palabras, fué condenado por el Sr. Paulo III en su famosa bula de 10 de Junio de 1537 en la cual hablando de los habitantes de este suelo decia «aunque estén fuera de la fé católica, que en ninguna manera han de ser privados de su libertad y del dominio de sus bienes.»

En los diez y siete artículos siguientes, que forman todo el cuerpo de estas ordenanzas, prohibia blasfemar de Dios y de sus santos, entregarse á los juegos de naipes y cualquiera otro vedado: echar mano á las armas para ofender á ningun español: acometer á los enemigos sin las órdenes del general ó sus respectivos capitanes: entrar á robar (1) ni otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera y haber conseguido el fin de la victoria: se prevenian algunas formalidades del servicio militar, así en la marcha del ejército

(1) Estas son las palabras testuales de las ordenanzas insertas por Prescott en su tomo 2.º pág. 391.

cito, como en los alojamientos y en la batalla; y por último amenazaba con la pena de muerte al que no le presentara luego, oro, plata ó cualquiera otra cosa que adquirieran, ó viesen ó tomasen. «Tan severo edicto prueba, que por mucho que influyeran en el conquistador los motivos espirituales, no eran indiferente á él los de la tierra.» (2) Estas ordenanzas fueron selladas el 22 de Diciembre de 1520; y siendo autorizadas el 26 del mismo mes, por el notario Juan de Rivera, se pregonaron en la ciudad de Tlaxcala en voz alta por el pregoneiro Anton García.

Se pasó revista al ejército, que se componia de cuatrocientos ochenta infantes españoles, armados de espada, rodela y las picas construidas en Chinantla, cuarenta caballos, ochenta arcabuceros, con nueve cañones y suficiente cantidad de pólvora (3). Tambien se revistó el ejército aliado, que los suponen de 110,000 á 150,000 hombres al mando del intrépito Xicotencatl el joven: á la cabeza del ejército, caminaban los cuatro gefes de la República, ostentando bajo sus blancas canas, los hermosos penachos de plumas de varios colores; y con sus insignias militares, en que manifestaban los muchos hechos de armas en que habian tomado parte, animaban á los guerreros jóvenes que ansiaban por abatir la cerviz de su constante enemigo la orgullosa Tenoxtitlan.

Cuando las tropas estaban dispuestas á la marcha, recorrió el general las filas exhortándolas á pelear con valor en defensa de su religion y del rey, y para lavar la mancha que habia empañado el brillo de sus armas en la calzada de Tlacopan, la terrible noche del primero de Julio. Tambien tocó la tecla del inveterado odio de los tlaxcaltecas haciéndolos oír una breve alocucion, por

2. Prescott tom. 2.º lib. 5.º cap. 7.º — (3) Tercer cart. de Cortés pag. 183.

medio de la interesante D^a Marina: y tanto los ambiciosos castellanos como los vengativos tlaxcaltecas, correspondieron á las palabras del general, con estrepitosas aclamaciones; porque se acercaba el momento de vengar los comunes agravios y satisfacer el deseo de apoderarse de los ricos despojos de los mexicanos.

Determinó no atacar la ciudad de México, hasta no contar con los auxilios de los bergantines: y antes quiso hostilizar y subyugar las demas ciudades del valle, para reducir á la reina del Anahuac, á un penoso aislamiento, que la hiciera mas fácilmente caer en sus manos. Para esto quiso fijar su cuartel general en Tezcoco, ciudad conveniente por su proximidad al lago, como por su abundancia de víveres, para mantener el numeroso ejército con que emprendian la campaña. El primer dia se alojó el ejército en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la famosa gigantesca montaña de Iztaccihuatl, que ya antes habian admirado con su blanca cubierta de nieve perpetua: al siguiente subieron la sierra, en cuya cima se encendieron muchas luminarias, costumbre que los indígenas tenian como precursora de la desolacion que con sus guerras llevaban á los pueblos enemigos, y que los entumecidos españoles no la usaron sino como medio de reanimar sus miembros heridos con el frio glacial de la sierra: á los primeros destellos de la aurora, se dijo la misa para impetrar la proteccion del cielo; y cuando los rayos del sol que se reclinaban en su ocaso, les hicieron ver el magnífico espectáculo del valle, donde se levantaba megestuosa la capital del imperio azteca, los antiguos veteranos temblaron al recordar los dias aciagos del palacio de Axayacatl y la pavorosa noche triste. Pero dice el conquistador «prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres, como si fuéramos

mos á cosa de mucho placer.» [4] Así caminaron aquellos intrépidos aventureros, descendiendo la pendiente de las montañas, hasta abrigarse en la noche en la pequeña ciudad de Coatepec, donde el general mismo se tomó esa fatiga de rondar el campo, porque las luminarias que ardian en las cumbres de todos los montes, le daban bastante á conocer, no solo que pisaba ya el territorio de los enemigos, sino que el indómito azteca estaba resuelto á defender con el último esfuerzo los derechos de su patria.

Al otro dia, 31 de Diciembre, aun estaban los soldados en sus cuarteles, cuando se anunció que llegaba una embajada compuesta de varios nobles tezcucanos, llevando en señal de amistad, una bandera dorada y un regalo que el soberano de Tezcoco mandaba al gefe castellano, ofreciéndole se alojara en su corte, donde estaba pronto á rendir obediencia al monarca de Castilla. Cortés, sin embargo de estas demostraciones pacíficas, reconvino acremente á los embajadores por los españoles que se habian asesinado en los dominios de su rey, conservando aun en el templo mayor de su capital los sangrientos despojos de sus compatriotas: los nobles se disculparon con haber obrado bajo las órdenes del emperador azteca; y despues de escusarse por la crueldad de que habian sido víctimas los castellanos, rogaron al general entrara de paz á sus estados y admitiera el ofrecimiento de su soberano para alojarse en su corte. Cortés ofreció hacerlo así y dispuso luego su marcha, sin atender á la súplica que los embajadores hacian, de que no llegara sino hasta tener tiempo de prepararle los alojamientos.

En ese mismo dia, los españoles y sus aliados, pisaron las murallas de la corte del reino de Acolhuacan: y

4 Cort. tercera pág. 188.

Cortés con sus seiscientos soldados de Castilla fué alojado en el palacio de Nezahualpilli. Aquella ciudad era la reina de la civilización en todos los países del Anahuac: allí estaban las más adelantadas escuelas de artes: ella se gobernaba por la sabia legislación del gran Nezahualcoyotl; y en sus archivos se conservaban todos los mapas y monumentos, donde constaba la historia de todos aquellos pueblos, los cuales sirvieron para formar una hoguera, donde por disipar las tinieblas de la idolatría, se extendió una negra y apenas penetrable nube, sobre el pasado de aquellas desgraciadas monarquías. A pesar de las muestras de una civilización más adelantada que en todas las demás ciudades indígenas, y de la gran población que abrigaba la corte del más antiguo reino de los que entonces tenían el poder en aquellos países, á la entrada de los españoles, las calles se veían despobladas; y un silencio siniestro, precursor de alguna tempestad se notaba en toda la ciudad. Alarmado el general por estos indicios de hostilidad y por la noticia que le dieron los soldados que habían subido al teocalli principal, de que muchas familias se internaban á los montes, mientras otras pasaban el lago en multitud de canoas que surcaban sus aguas, hizo salir luego algunos destacamentos, para que hicieran volver á los fugitivos y aprehendieran al rey para que no se le escapase; pero Coanacotzin, cuando vió que su embajada fué estéril para contener la marcha de los españoles, se embarcó y en aquellos momentos iba llegando á México.

Cortés tomó sus precauciones para escapar del ataque que creía seguro; pero no perdió tiempo en volver en su provecho la salida del rey. Hizo venir á su presencia las pocas personas que de la nobleza permanecían en la ciudad y probablemente desafectas á Coanacotzin: las hizo declarar vacante el trono, por la fuga del rey; y los inclinó á dar la corona á Tecocotl, hermano del soberano

ausente. (5) Este príncipe que fué bautizado y elevado al trono por Cortés, fué muy favorable á su intento; pero duró pocos días, y á su muerte fue elevado á la dignidad real, su hermano Ixtlilxochitl; aquel fogoso príncipe, que al frente de un poderoso ejército había hecho á su hermano Cacama renunciar una parte de su reino, y había declarado sus hostilidades al desgraciado Moctezhuma, por haber sembrado la división en sus estados aun en vida de su padre Nezahualpilli. Este odio al monarca mexicano, fué sin duda lo que lo hizo estrechar tanto su amistad con los extranjeros, auxiliándolos así con su autoridad personal, como con su ejército y los recursos de su reino. En esto tuvo el gusto de vengarse de los antiguos insultos que recibió de los mexicanos en la persona de su rey; pero al fin ni él ni su reino, ni su familia quedaron exentos de sentir en su cuello la cadena con que el ambicioso y afortunado conquistador ató á todos sus compatriotas al trono de España.

Con estas ventajas obtenidas en la corte de Tezcoco, se restableció la tranquilidad en los habitantes: volvieron las familias que al principio salieron huyendo: Cortés fortificó el palacio de su alojamiento y los demás edificios que le servían de cuartel á su ejército: el rey le dió gente para abrir un canal que se comunicara con el lago para introducir por allí los bergantines; y cuando con tanta facilidad dejaba arregladas las cosas en aquella ciudad, dejó una guarnición al mando de Sandoval, y él con el resto del ejército, marchó contra Iztapalapan, ciudad en que debía desahogar su furor contra Cuitlahuatzin, que había sido señor de ella y á quien particu-

5 Prescott con relación á Ixtlilxochitl venid. de los esp. pag. 12 y 13.

larmente debieron los españoles su expulsión de la capital y su derrota en la noche triste.

La tropa que acompañó á Cortés en esta expedición, se componía de doscientos infantes españoles, diez y ocho caballos y de tres á cuatro mil tlaxcaltecas. Dos leguas antes de llegar á la ciudad, les disputó el paso un ejército azteca: al principio éste manifestó todo el furor con que los valientes mexicanos peleaban en todos los combates; pero fingiendo ceder á la disciplina europea y la tenacidad con que combatían los aliados de Tlaxcala, se fueron retirando hácia la ciudad. (6) Los españoles entraron llenos de contento con el triunfo que suponían haber adquirido; pero se encontraron la ciudad desierta. Todas las familias se habían puesto en salvo; y á pesar que esto causó alguna inquietud en el ánimo del general, los soldados se entraron por todas las casas abandonadas, recogiendo la multitud de objetos que en ellas había. Muchas casas fueron incendiadas y á la luz de aquel fuego devastador, que hacía retardar la oscuridad de la noche, se entregaban los aliados al pillage, para saciar el odio que les inspiraban los amargos recuerdos que hacían del antiguo señor de aquella ciudad entregada á la devastación.

Muy engolfada se hallaba la tropa victoriosa en recoger el rico botín, cuando un sordo y pavoroso rumor los contuvo en esos momentos de regocijo. Cortés dice. «Estándolas quemando [las casas de la ciudad] pareció que Nuestro Señor me inspiró y trajo á la memoria la calzada ó presa, que había visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.» (6) Efectivamente, los indios así que lograron introducir á sus contrarios en la ciudad, rompieron el dique que contenía las aguas del lago de Tezcoco: y éstas como un fuerte torrente se

6 Clavijero tom. 2.º pág. 136.—7. Terc. cart. cart. pág. 295.

precipitaban sobre los vencedores. El jefe mandó luego dar el toque de retirada: y la tropa en la mayor confusión abandonó el lugar cargando con algunos despojos de las casas; pero las aguas habían invadido el camino y después de ahogarse muchos, algunos pudieron escapar con gran trabajo, perdiendo todo el botín que habían logrado tomar.

Cortés sin embargo de su triunfo, volvió disgustado á Tezcoco por esta ocurrencia; pero su buena estrella había aparecido en el horizonte, y pronto se le presentaron prósperos acontecimientos para mitigar su quebranto. Se presentaron ante el jefe español algunos embajadores de Otompan y otras ciudades, prometiendo su obediencia á los españoles: Cortés admitió la alianza, imponiéndoles la condición de apoderarse de cuantos mexicanos llegasen á sus ciudades; y de este modo afianzó la fidelidad de ellos para con él, al mismo tiempo, que echó profundas raíces en la enemistad de aquellos pueblos para su ruina común. A esta confederación siguió la de Chalco, una de las más ricas y poderosas ciudades del Valle, situada al extremo oriental de la laguna de su nombre: sabía Cortés los deseos que tenían de hacer causa común con él; pero que aquello lo impedía una fuerte guarnición azteca que en aquellos días ocupaba la ciudad: y para ayudarlos mandó una fuerza española con parte de los aliados al mando de Sandoval. La vanguardia de esta expedición, compuesta por los tlaxcaltecas, fué sorprendida por los mexicanos, que no perdían de vista los movimientos de sus enemigos: aun se había perdido parte del botín que pudo escaparse de Ixtapalapan cuando Sandoval llegó; y no pudiendo resistirlo los aztecas, huyeron desordenadamente, dejando el mismo botín que poco antes habían obtenido. La fuerza española, siguió su camino para Chalco, y antes de llegar les salió al encuentro la guarnición mexicana, compuesta de doce mil

hombres: hubo un combate reñido, en el que fueron completamente derrotados los mexicanos; y los chalqueses recibieron á Sandoval con crecidas demostraciones de regocijo.

Efectivamente, Cortés no habia sido engañado en los informes que se le dieron, pues el señor de aquel lugar, muerto pocos días antes por la estragosa epidemia de las viruelas, en sus últimos momentos dijo á sus dos hijos, que si los españoles regresaban al valle, hicieran alianza con ellos, pues sin duda eran los seres designados, por los antiguos oráculos para enseñorearse del país y gobernarlo. (8) Aquellos dos jóvenes fueron conducidos por los españoles á Tezcoco, y siendo recibidos con grande afabilidad y cortesía por el general español, este haciendo uso de la autoridad que le daban su audacia y las circunstancias de aquellos pueblos, dividió entre ellos el dominio de sus estados, dejando al mayor el gobierno de Tlalamanalco, Chimalhuacan y Axotzinco.

Mientras así se aumentaba el poder de Cortés, por el deseo que estos pueblos incautos tenían de sacudir el yugo azteca que ya les parecia insoportable, el rey mexicano no perdía tiempo en mandar fuerzas á estos lugares para impedir nuevas defecciones y castigar las que ya se habian cometido. Pocos días despues de esta alianza de los señores de Chalco, un ejército mexicano se preparaba para llevar á aquel estado el merecido castigo de su lealtad: y apercibidos de ello los chalqueses, pidieron socorro á su aliado castellano, quien rehusaba dárselos, porque en esos días tenia que ocupar todo su ejército en custodiar el convoy que trasportara el material de los bergantines mandados construir en Tlaxcala; pero llegando al mismo tiempo los embajadores de Cholula, Huexutzinco y Quauhquecholan, tambien con el mismo

8 Bernal Diaz hist. de la conq. cap. 139.

fin, por haber visto en las cimas de sus montes aquellas humaredas, signos seguros de las próximas hostilidades, les aconsejó el general hicieran entre sí una confederación para que reciprocamente se ayudaran á la defensa contra el enemigo comun, mientras su ejército hacia su expedición á Tlaxcala. La enemistad con que hasta ahí se habian visto aquellas ciudades, era un poderoso obstáculo para la alianza propuesta; pero la necesidad con que se veían apremiados y la hábil política del general español, (9) los hizo olvidar sus inveterados resentimientos y hacer causa comun, para vigorizar la palanca, que apollada en las preocupaciones de la época, habia de mover aquellas monarquías y sepultar entre sus ruinas, la independencia de todos aquellos pueblos. De suerte que convinieron en la union y fueron un poderoso instrumento que él manejó á su placer para la ruina comun.

Era ya tiempo de llevar adelante aquella famosa empresa de acabar con la gran monarquía mexicana: la gran Tenoxtitlan orgullosa en medio de las aguas de sus lagos, estaba reducida ya á un completo aislamiento; y el poder que ejercia con sus millares de canoas, que surcaban la superficie de las lagunas, debía ser contrarrestado con los bergantines cuyo material estaba ya preparado: solo faltaba el transporte de este, para que sonara la hora fatal de la destruccion de aquel pueblo déspota, que habia tiranizado á todos los otros y empapado las aras de sus dioses, con la sangre de millares de sus enemigos. La delicada comision de trasportar un objeto tan interesante, se le confió al prudente y valeroso Sandoval, al mando de quince caballos y doscientos infantes castellanos. Este gefe tuvo la comision de llegar antes al pueblo de Toltepeq para vengar la muerte de aquellos compatriotas que iban de Veracruz á México, en los días aciagos de la gran derrota de la calzada de

9 Tere. cart. de Cortés pag. 205.

Tlacopan. Los naturales del pueblo, viendo la tempestad que descargaba sobre ellos, abandonaron la poblacion y fueron á buscar abrigo en los montes; pero fueron alcanzados por la tropa de Sandoval, y muchos murieron pasados á cuchillo. ¡Cuantos niños, ancianos y mujeres, pagarian ahí con su vida, el delito que sus esposos, padres ó hermanos habian cometido, con dar muerte á unos extrangeros que insultando su sencillez y la hospitalidad con que fueron recibidos, habian intentado destruir su independencia y encadenar su libertad!

Despues de derramar en nombre de la civilizacion la sangre inocente de aquel pueblo, marchó la expedicion á Tlaxcala: ya los gefes de la república tenian preparado el material para los bergantines, segun los deseos é instrucciones del general; y aun se habian probado en el rio de Zahuapan y vuelto á desarmar para conducirlos á los lagos de México. Dos mil tlamames tlaxcaltecas cargaron sobre sus hombros el maderage, velas y demas útiles de las embarcaciones; y treinta mil guerreros de la república, al mando de tres gefes de los principales, llamados Chichimecatl, Axotecatl y Teotepil, acompañaron á la tropa de Sandoval para custodiar aquel interesante convoy. Cuando ya se acercaban á Tezcoco, Cortés vestido de gala y acompañado de los oficiales de su ejército, salió á encontrar á Sandoval y sus aliados, haciendo su entrada luego á Tezcoco en medio de las aclamaciones de los amigos tlaxcaltecas, que viendo llenos de gozo, que se aceleraba el momento de saciar su venganza contra los aztecas, no preveian en eso mismo su ruina, y en medio del estrépito de los instrumentos militares, gritaban con loco frenesí, ¡Castilla y Tlaxcala! ¡Castilla y Tlaxcala! (10)

10 Bernal Diaz cap. 140. Herrera his, gener, dec, lib, 1, cap, 2.

CAPITULO XXIV.

Espedicion de Cortés antes de asediar á México.

Apenas habian pasado tres ó cuatro dias de la llegada de Sandoval, cuando Cortés pensó poner en práctica un proyecto que maduraba hacia algunos dias: voltear los lagos caminando hacia el Norte: castigar de paso aquellos pueblos, que tenian el imperdonable delito de permanecer aliados al bravo Guatemotzin para defender la independencia comun; y acercándose por la funesta calzada de Tlacopan, ver si podia entablar algunas negociaciones con los mexicanos. A este plan á mas de sus deseos, lo estimulaba Chichimecatl, belicoso tlaxcalteca, que con ansia deseaba encontrar al azteca en el campo de batalla, para desahogar sus añejos resentimientos. de suerte, que dejando una guarnicion en Tezcoco al mando de Sandoval, y dadas las órdenes para la conclusion del canal y armar los bergantines, el general salió acompañado de Alvarado y Olid, con trescientos cincuenta infantes, veinticinco caballos, seis cañones, los treinta mil tlaxcaltecas y una parte de la nobleza tezcucana.

El objeto de su viage lo guardó en su mente con escrupulosa reserva, por temor de que los tezcucanos por un acto de deslealtad lo revelaran á los mexicanos; pero estos, astutos por demas y bien experimentados en la guerra, siempre estaban en asecho de los menores movimientos de sus enemigos: así fué, que apenas salió la expedicion, cuando tropezó con un ejército azteca que le disputaba el paso. Hubo una refriega reñida, pero de corta duracion, pues los mexicanos fueron puestos en desórden y tuvieron que dejar libre la marcha de los